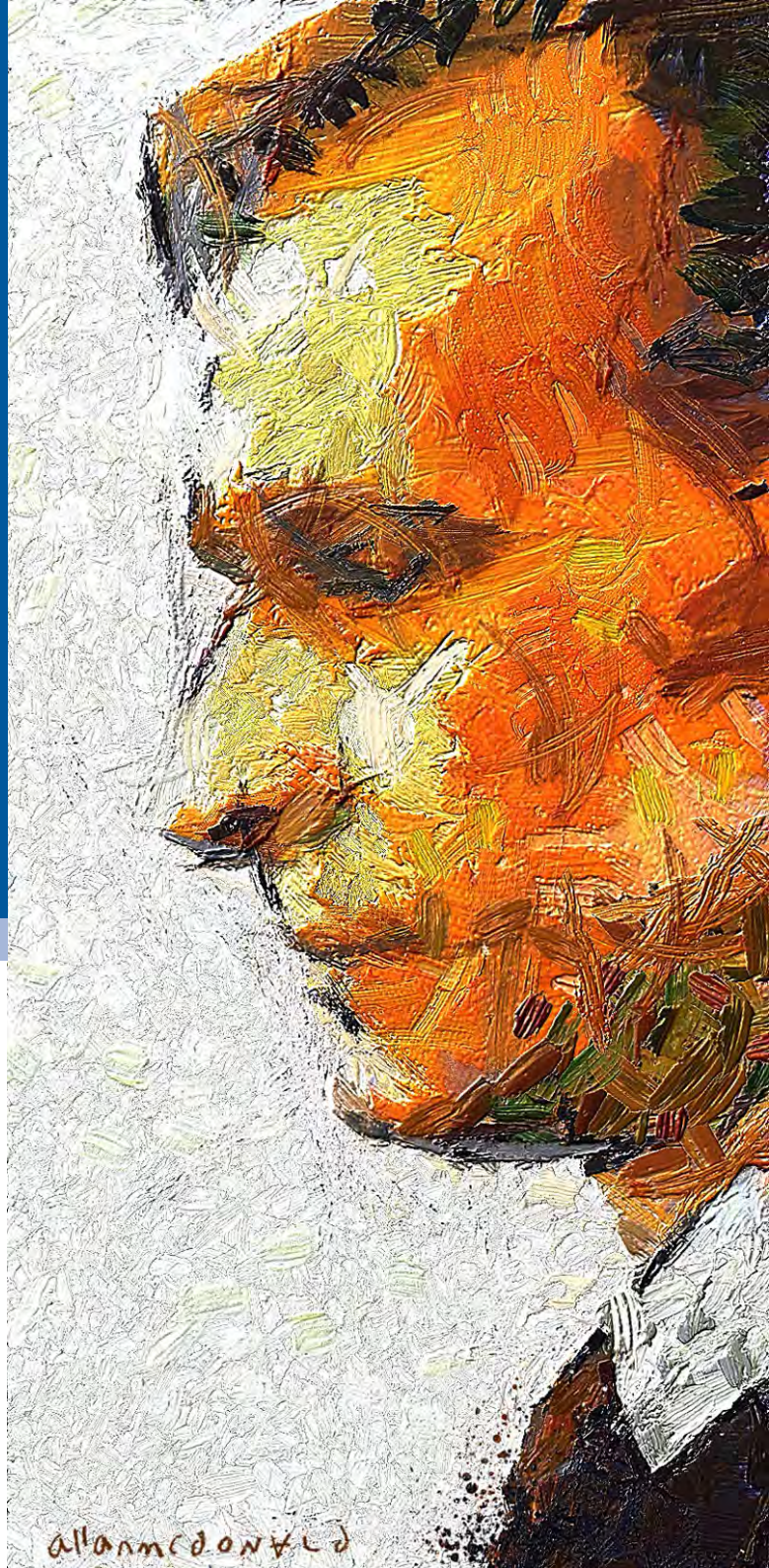
Compañero Harald Edelstam

Su ejemplar combate por la vida, contra el miedo y la neutralidad

Regional Latinoamericana
IUF
UITA
rel-uita.org

MOVIMIENTO DE JUSTIÇA E DIREITOS HUMANOS



Harald Edelstam...
Lo demás son sólo palabras

Chile era un gran campo de concentración, el Estadio Nacional una cárcel a cielo abierto y la cordillera el más largo paredón de fusilamiento que la historia conoció. La acción desplegada por **Edelstam** en esas semanas fue un relámpago de arrojo y solidaridad rasgando el *fascistoide* manto negro que cubrió al país en septiembre de 1973, en un intento de ocultar la masacre que el neoliberalismo y el imperio estadounidense ejecutaban en el hermano país.

"Para muchos suecos justicia social en casa y justicia internacional afuera son parte de la misma lucha", decía **Olof Palme**. **Harald Edelstam** -que obedecía más a sus emociones que al frío cálculo- fue quien mejor interpretó a **Palme** poniendo en juego su propia vida para salvar la de otros, y siendo el hombre más libre, eligió poner en riesgo su libertad defendiendo la de todo un pueblo.

Rescatar parte de la figura y acción de **Harald Edelstam** desde las voces de quienes lo conocieron y siguen vivos porque él les salvó la vida, es la mejor forma de acercarnos a este hombre que no conoció fronteras y que detrás de un escritorio se sintió acorralado siempre.

Gerardo IGLESIAS
Secretario Regional UITA

Jair KRISCHKE
Presidente MJDH

¿Quién dijo que todo está perdido?
Yo vengo a ofrecer mi corazón
Tanta sangre que se llevó el río,
yo vengo a ofrecer mi corazón

Fito Paez

El mundo parece haberse decidido finalmente a homenajear como es debido a **Harald Edelstam**. Se lo recuerda en **Noruega** por su participación en la resistencia al dominio nazi, en **Guatemala** por sus activas denuncias de las masacres de indígenas, y en **Chile,** por su heroica protección a los perseguidos durante los primeros meses de la dictadura. Entre los centenares que **Edelstam** salvó se encuentran decenas de uruguayos a los que rescató del tristemente célebre Estadio Nacional de Santiago. En estas líneas se evoca esa peripecia, a partir de testimonios que dan cuenta de su manera comprometida, solidaria, audaz y valiente de entender la diplomacia.

Daniel Gatti



Compañero Harald Edelstam

Su ejemplar combate por la vida, contra el miedo y la neutralidad

“Hay gente con la que la humanidad toda tiene una deuda, gente especial, rara, a la que sin embargo no se la ha apreciado en su justa medida. Una de esas personas es, sin duda, **Harald Edelstam”.**

Estas palabras pertenecen a **Julio Baraibar.** Él es consciente de que si aún hoy “cuenta el cuento” se lo debe en gran parte a ese embajador sueco al que muchos de sus colegas descalificaban como “El loco”, seguramente porque a diferencia de ellos no dudaba en “**arriesgar el pellejo propio y jugársela en las situaciones más adversas, dejando de lado protocolos y convenciones a los que otros se apegaban como forma de no hacer nada**”.

Hace casi exactamente 40 años, en setiembre de 1973, **Baraibar**, actual embajador itinerante del gobierno de **José Mujica**, formaba parte de un grupo de 58 uruguayos -en su mayoría militantes de izquierda- que habían sido llevados por los militares golpistas chilenos al Estadio Nacional de Santiago, convertido en campo de concentración y en lugar de ejecución sumaria de prisioneros políticos.

“Conocer a **Edelstam** nos salvó la vida –confiesa **Baraibar-.** Tuve una relación personal con él durante pocos días, pero suficientemente intensa como para apreciar su enorme valentía y su entereza. **No cualquiera se enfrenta a militares como los chilenos, que eran una verdadera horda de asesinos y se sentían totalmente impunes, como él lo hizo**”.





Los 58 en el Estadio Nacional

Una cárcel a cielo abierto

Cuando **Baraibar** llegó al Estadio Nacional, el 17 de septiembre de 1973, ya había allí unos 15 uruguayos presos. "En menos de una semana superábamos los 50. La gran mayoría, alrededor de 45, éramos militantes, pero había también cuatro bailarines de ballet y familiares de exilados. Uruguayo que agarraban iba preso. **Para los militares chilenos, uruguayo equivalía a tupamaro**".[1]

Baraibar fue nombrado coordinador del grupo por sus propios compañeros. "Para sobrevivir al caos y la represión brutal que se vivían en esa cárcel tan particular, nos organizamos como una columna guerrillera, disciplinada, cada grupo con tareas para hacer y responsables.

Formamos diez grupos, porque no nos dejaban juntarnos de a más de cinco. Los responsables de cada uno de ellos se reunían conmigo en una de las escaleras del estadio y discutíamos todo. Nos repartíamos para conseguir comida revolviendo la basura que dejaban los oficiales, para hacernos de algo para fumar y hasta para labores de inteligencia. La tarea de inteligencia era fundamental, tanto como la de hacernos con algo para comer: se trataba de recorrer el estadio como se pudiera, buscando identificar a algún uruguayo que estuviera mezclado con los chilenos.

Así fue que descubrimos a 'El mudo', un muchacho de 18 años que vivía en un barrio obrero de **Santiago** y trabajaba en una tornería. Lo habían detenido junto a decenas de chilenos y algunos otros extranjeros tras un intenso tiroteo de tres días.

"Los llevaron a un cuartel, los formaron a todos en la Plaza de Armas y un oficial ordenó que los extranjeros dieran un paso al frente. **Tres argentinos lo dieron y los fusilaron ahí mismo**.

Una uruguaya algo menor de 40 y él se quedaron quietitos. La mujer sabía imitar muy bien el acento chileno y ese era en cierto modo su salvavidas. Él no tenía manera de hablar como un chileno, y eligió hacerse el mudo. Un oficial que desconfiaba le exigió en determinado momento a un soldado: 'A este mudo me le dan hasta que hable'. En eso estaban, empezando a darle, cuando un grupo de la pesada del **Partido Socialista** atacó la comisaría. 'El mudo' aprovechó la confusión para manotear un papelito que llenaban los otros detenidos con un nombre cualquiera que memorizó bien, se inventó un lugar de residencia y mujer y lo dejó arriba de una mesa. Pasada la confusión, se lo entregó a los militares. De ahí lo trasladaron al estadio, como un chileno más".

En una de las rondas de los "equipos de inteligencia" de los uruguayos por el campo, "**El mudo**" fue reconocido por un preso, acurrucado en una tribuna. "Tuvo suerte una vez más: logramos meterlo en el grupo nuestro.

Y como todos nosotros, se sacó la lotería cuando por allí apareció un tipo altísimo, rubio, con mucha pinta, gritando con su voz de trueno, casi que dando órdenes a esos rudos militares que disponían de la vida y de la muerte de los miles de prisioneros: 'Ustedes son unos asesinos. Déjenme pasar', imprecaba aquella figura.

1 Se refiere a miembros del entonces guerrillero Movimiento de Liberación Nacional – Tupamaros.

En la noche más negra:
El relámpago

Fue en una de esas rondas de inteligencia que los detenidos uruguayos descubrieron a ese hombre que no podía ser más que un diplomático, un funcionario internacional pero de una clase muy rara.

"El compañero que lo vio avisó inmediatamente y allá corrí a su encuentro", relata **Baraibar.** "Estaba rodeado de gente que quería hablar con él. Más de 100 personas sin duda, y el tipo en el medio, gritándoles a los militares con un acento inconfundiblemente nórdico: '¡**Asesinos, la historia los juzgará, asesinos, *crrriminales*!**'.

Lo podrían haber matado allí mismo, pero los milicos no respondían, permanecían impávidos, un poco por el respeto que infundía -a los militares de bajo rango siempre los amilana que alguien se les plante de esa manera-, y un poco porque estaban en la picota de todo el mundo, se empezaba a conocer a nivel internacional la masacre que estaban realizando y no podían meterse con un embajador sin pagar un costo altísimo. **El sueco era muy inteligente y se aprovechaba de esa situación**".

En medio del caos, **Baraibar** logró sin embargo acercarse a **Harald Edelstam**. "Los dos destacábamos por la altura, pasábamos del metro noventa, y enseguida me vio.

'**Embajador, soy el delegado de los uruguayos que estamos en este campo y nos van a matar a todos. Tengo aquí la lista de 58 personas, usted va a ser el primero en conocerla'**, le dije.

Le expliqué que en **Uruguay** ya había una dictadura hacía meses y que nos iban a asesinar en **Chile** o en **Uruguay** si nos mandaban para allá. Me sorprendió cuando me preguntó si éramos tupamaros. Le contesté que por supuesto que no, porque era eso lo que les decíamos a los militares chilenos, y él me sorprendió todavía más cuando me respondió: '**Ah, entonces no puedo hacer nada por ustedes'**.

'Escúcheme embajador, sáquenos primero de acá que después le digo qué somos. Para nosotros es imprescindible que nos lleve a su país o a cualquier otro, menos para **Uruguay**', fue lo que atiné a decirle. '***Comprrrendo, comprrrendo,* haré lo posible'**, me contestó él, y ahí comenzamos a tener alguna esperanza".





Plantar bandera

"Esto es tierra sueca..."

Meses después **Baraibar** supo el por qué de la pregunta del embajador**.** Apenas concretado el golpe, **Chile** rompió relaciones con **Cuba** y dio a los diplomáticos de la isla 48 horas para abandonar el país. La embajada fue rodeada por militares pertrechados a guerra, que rompieron una pared del local e instalaron por el hueco abierto una ametralladora.

Edelstam decidió entonces que **Suecia** se haría cargo de las propiedades e intereses de **La Habana** en **Chile**, y antes de que los militares chilenos masacraran a los diplomáticos y refugiados extranjeros que se encontraban allí, corrió hacia el edificio con una bandera blanca entre las manos y plantó la de su país, declarándolo "**tierra sueca e inviolable**".

Los militares apenas le dieron tiempo para intercambiar alguna palabra con los diplomáticos cubanos ya expulsados. "Lo primero que le dijo el embajador cubano fue: '**Edelstam**, salve a los tupamaros porque los van a matar a todos', y él lo tomó como una misión. Apenas se encontrara con tupamaros haría todo lo posible para rescatarlos. Estaba entre sus prioridades", recuerda **Baraibar**.

En el Estadio Nacional

A dos puntas

La entrada en el ruedo de **Edelstam** calmó en algo al grupo de 58 uruguayos, pero era una "tranquilidad muy precaria".

Seguían estando detenidos en condiciones extremas y sabían que, si se les antojaba o si estimaban que el contexto se los permitía, los militares chilenos podían fusilarlos en cualquier momento.

"Decidimos jugar a dos puntas: a **Edelstam** le dijimos la verdad, que mayoritariamente éramos tupamaros; a los oficiales chilenos les jurábamos que éramos simples trabajadores emigrados por la crisis económica, que **Uruguay** se estaba cayendo a pedazos y que **Chile** nos había deslumbrado.

Les sugeríamos que llamaran a nuestra embajada porque queríamos volver al país, que habíamos sido muy egoístas en abandonarlo. Una y otra vez les repetíamos ese discurso, conscientes de que era de doble filo porque no sabíamos qué podría pasar si intervenía la embajada de **Uruguay**, donde ya había dictadura. Lo principal era ganar tiempo.

Tanta insistencia trajo como consecuencia que el coronel a cargo enloqueciera a la embajada uruguaya. El embajador era **César Charlone**, un civilista que había sido llamado a consultas por la Cancillería en Montevideo, y quien se hacía cargo de la representación era su mujer, **Bernabela (Belela) Herrera**, quien meses después fue designada representante del **Alto Comisionado para los Refugiados de las Naciones Unidas** en **Chile** y salvó la vida de muchísima gente. Tuvimos una suerte gigantesca en conectarnos con ella".

El contacto

...Yo también voy...

Belela Herrera fue llamada por los militares chilenos para que se hiciera presente en el Estadio Nacional.

– Venga, señora, porque hay aquí unos compatriotas suyos que dicen que quieren volver a su país.

Y allá fue **Herrera**, sin entender mucho.

"El día que llega –rememora **Baraibar**- me pregunta indignada: '¿Por qué insistieron tanto, si ninguno de ustedes puede volver a **Uruguay**? ¿Qué les pasa?'. Y yo, súper enojado, le lancé: 'Porque queremos que sepan que estamos acá, que somos estos 58, y que nos van matar a todos'. Y enseguida improvisé: 'Queremos que ustedes nos saquen y nos entreguen a **Suecia**'.



Quedó pálida, pero fue como una palabra mágica**.** En esos momentos un compañero que estaba de guardia avisa que ve llegar a **Edelstam**, muy agitado.

– ¿Va a sacarnos, embajador?, le pregunto.

– No puedo, me han dicho que ustedes solo pueden salir para **Uruguay.**

– Así estamos liquidados, allá vamos presos o nos matan.

Y volví a improvisar:

- Lo ideal sería que la embajadora de **Uruguay**, que está acá, nos saque del Estadio y nos entregue a usted. ¿Por qué no habla con ella?

Edelstam, que siempre iba para adelante y al que le encantaba encontrar situaciones en que pudiera demostrar su voluntad de ayudar, aceptó enseguida. Los presenté, y él arrancó: 'Señora, mi país tiene el altísimo honor de invitar a todos estos ciudadanos uruguayos a vivir con tranquilidad en **Suecia**'. **Belela Herrera** no se quedó atrás: 'Señor embajador, qué enorme placer para todos, ¿**no tendré también yo la posibilidad de acompañarlos**?'**.**

Los 58 estábamos atrás, presionando, hablando al unísono. Cuando escuchamos ese diálogo nos dimos cuenta de que habíamos avanzado un gran trecho.

A los pocos días ambos presentaron a la junta chilena esa fórmula: nos entregaban a la embajada uruguaya, ésta a los suecos y nos íbamos



del país. La dictadura, que estaba muy presionada por la **Cruz Roja**, las **Naciones Unidas** y algunos países europeos, vio una manera de sacarse de encima un problema y terminó aceptando.

Sin embargo, todavía faltaba mucho para que saliéramos, y **Edelstam** tendría oportunidad de probar una vez más su compromiso con esas decenas de uruguayos que ya le estaban agradecidos por lo que había hecho".

Doble factor

La suerte y el coraje

Baraibar recuerda que quienes no quedaron nada contentos con la fórmula encontrada fueron los militares a cargo del Estadio Nacional, en especial su jefe, el coronel **Pedro Espinoza**, "**un fascista asesino que muchos años después, ya en democracia, se convertiría en el primer oficial en ser encarcelado en Chile por violaciones a los derechos humanos, y hoy continúa detenido**.

No podían rechazar por completo la decisión de la Junta, pero decidieron algo así como cobrarse un peaje y dijeron que había ocho de nosotros que no podían salir, que estaban requeridos por la justicia militar. Era un invento. Ni siquiera era un pedido de la dictadura uruguaya, fueron ellos los que lo resolvieron, y a los ocho los eligieron al azar: **marcaron a los más jóvenes**".

Los uruguayos hicieron bloque: o todos o ninguno. Y comenzó una nueva pulseada entre dos fuerzas con poderío muy disímil.

"Pese a que estábamos en condiciones de neta inferioridad, dos factores jugaron a favor de nosotros: el factor suerte y el factor **Edelstam**", dice **Baraibar**.

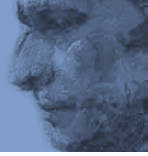
La suerte: a punto de ser promovido a general, el coronel **Espinoza** viajó al exterior a realizar un curso, y fue reemplazado por el mayor **Mario Lavanderos**, "**a quien, a pesar de estar allí y ser el segundo en la cadena de mando de la cárcel, se lo notaba a disgusto, y no era difícil adivinar que no estaba de acuerdo con el golpe de Estado**".

"Hicimos una jugada para engañar a un par de funcionarios administrativos de la cárcel y finalmente logramos salir todos, incluidos los ocho de la lista negra, de la que **Lavanderos** no tenía conocimiento. Fuimos pasando de a uno, encapuchados, hacia un ómnibus que iba a trasladarnos a la embajada cubana asediada por los militares pero bajo protección sueca.

Un camarógrafo que estaba apostado dentro del auto de **Edelstam** y oculto por una frazada tomó imágenes de nuestro traslado. Fue una audacia más de **Edelstam**, siempre actuando al borde, que después festejó mucho".

Su auto, un Mercedes negro, era también considerado por el sueco como "**territorio libre de dictaduras**", inmune a los atropellos. O así lo imaginaba.

"Si no hubiesen estado bajo tanta presión y atención internacional, estoy seguro de que los militares chilenos lo habrían ametrallado en alguna calle perdida o en alguno de sus intentos de rescate. No era difícil, y capaz que al poco tiempo las protestas por la muerte de este 'loco' ya se habrían disipado", apunta **Baraibar.**



Al otro día el diplomático llega alterado a la antigua embajada cubana bajo control sueco: "Problema bárbaro: no quieren darnos el salvoconducto para que se vayan". Y cuenta que los militares habían fusilado a los dos administrativos que habían sido "engañados" por los uruguayos, y que el mayor **Lavanderos**, "reconociendo ese error", se había suicidado poco después de un tiro en la boca.[2]

"Eso dijeron. Capaz que a **Lavanderos** también lo mataron y hay peligro de que los maten a todos ustedes", comentó el sueco.

Durante 15 días **Edelstam** jugó fuerte ante la Junta para concretar la salida del grupo de uruguayos, mientras en paralelo llovían sobre **Santiago** presiones de diversos organismos internacionales.

Finalmente, el grupo salió en un convoy de autos y camionetas hacia el aeropuerto, donde los esperaba un avión de la compañía sueca **SAS**.

Pasará, pasará... pero el último quedará?

De cabeza hacia la pista

Unos minutos después de que se despidiera con un abrazo de **Edelstam**, y a punto de llegar a la escalerilla del avión, **Baraibar** siente que lo alzan en el aire por la espalda.

"Eran tres tipos, que no paraban de insultarme y de golpearme. Los muchachos que ya estaban adentro del aparato se dieron cuenta y empezaron a gritar, y **Edelstam**, que se estaba yendo, salió disparado en el auto hacia dentro de la pista. Se tiró de cabeza y me agarró. **No se fue del aeropuerto hasta que no estuvo seguro de que yo quedaba al cuidado de un funcionario sueco, muy joven, que me tomó de la mano y no me soltó**. Los dos transpirábamos copiosamente.

Terminé embarcando, pero aquel día de octubre de 1973 no estuve tranquilo hasta que el avión sobrevoló la frontera de **Uruguay** hacia **Brasil**".

Colgada de un piolín

Y Odín regresaba con furia desatada

Belela Herrera recuerda a **Edelstam** con mucha emoción. "Fue de esos personajes que no se repiten, un hombre con un arrojo increíble, **que no dudó en desafiar las convenciones diplomáticas porque le parecía mucho más importante salvar vidas que apegarse a reglamentos**", dice.

"**Los suecos siempre fueron muy solidarios, pero él sin duda se destacó**.

Todo lo que hizo después del golpe en **Chile** fue fantástico", apunta, y subraya tanto el rescate de "los 58" como el gesto de plantar la bandera sueca en el edificio cubano tomado entre dos fuegos. Y rememora igualmente cómo le salvó la vida a otra joven uruguaya de entonces: **Mirtha Fernández de Pucurull.**

2 A mediados de noviembre de 2013 un juez chileno condenó a **David Reyes Farías**, un ex teniente coronel, por el asesinato del mayor **Lavanderos.** Según el fallo, **Reyes Farías** le increpó a **Lavanderos** la liberación de los uruguayos y de 13 bolivianos que también fueron entregados a la embajada sueca. Tras una discusión, le disparó un balazo a quemarropa, apoyando el cañón de su pistola en el labio superior del mayor.



Mirtha Fernández también estaba refugiada en la sede de la embajada cubana en **Santiago**. Un día comenzó a sufrir de intensas hemorragias. El médico que se encargaba de los asilados le diagnosticó una muerte segura por desangramiento en caso de que no fuera operada de urgencia. Debía ser trasladada a una clínica.

Harald Edesltam no se movió de su lado en el tiempo que ella pasó en la embajada, tratando de consolarla. Sabía sin embargo que fuera del ámbito de la embajada poco podría hacer.

Pero **Fernández** recuerda que, "además de su alma", **Edelstam** puso "su cuerpo" como improbable garantía de su seguridad.

La muchacha terminó siendo conducida hacia la clínica capitalina Santa María. Al poco tiempo el hospital es invadido por una horda de uniformados que pretenden llevársela y se sucede una serie de enfrentamientos entre **Edelstam** y los militares. "En determinado momento **Harald** llama a otros diplomáticos para que acudan a la clínica a apoyarlo. Y allí van el embajador francés **Pierre de Menthon** y el suizo **Schlatte**r, encargado de la oficina de la **ONU** para los refugiados. A **De Menthon** le torcieron el brazo y a **Harald** lo empujaron y lo tiraron al piso, antes de llevársela a **Mirtha** a la fuerza", dice **Belela Herrera**.

En un capítulo de su libro **Colgada de un piolín** (Fin de Siglo, Montevideo. 2006) que dedica a **Harald Edelstam** y que titula "**El regreso de Odín**", **Mirtha Fernández** cuenta de esta manera cómo el sueco "se presentó como una reencarnación" del dios de la mitología nórdica para intentar salvarla:

"**Odín** abandonó su morada en el Walhalla y voló a **Santiago**. Convenció a los indiferentes, fustigó a los reacios, confió en sus amigos y se lanzó a desafiar a los chacales. Abras, senderos y lagos de **Escandinavia** lo habían visto transformarse en un 'clavel rojo' para salvar a miles de perseguidos por los nazis. En **Yakarta**, donde asesinaron a un millón de seres, rescató a muchos del mismo destino. En **Guatemala** hizo otro tanto y conoció al **Che**. Y ahora **Harald Edelstam** estaba allí, en **Chile**.

(...) Los enfermeros me acomodaron en la camilla y avanzaron hacia la salida. Cayeron los de la Aviación. No del cielo sino machacando el piso. Levantaron a **Harald** por la solapa del saco y lo arrinconaron. Lo conocían bien, pues no dudaron en la elección. Seis alados no lograron reducirlo. **Odín** regresaba con furia desatada.

Los verdes quedaron patitiesos, como cuando un sapo ve a una mangosta cerca. Se retiraron y enfrascaron en una ríspida discusión.

Hacían llamadas por radios, consultaban, se daban órdenes y contraórdenes en el otro extremo del corredor. Daba la sensación de que nadie entendía nada, porque un despliegue de esa naturaleza era como para tomar por asalto una base militar y no para reducir a media docena de personas.

Harald permanecía aferrado a mi camilla como lapa a una roca. Le temblaban las manos, aunque se esforzaba por evidenciar aplomo. No me sacaba los ojos de encima y trataba de trasmitirme seguridad y la esperanza de que todo se solucionaría.

- Pensar que estamos arriesgando la vida por alguien de quien no sabemos ni el nombre -comentó un diplomático. Vestía un traje marrón.

- **Eso es lo de menos, lo que importa es la persona** -respondió **Odín** sin protocolo.



Los de la Marina avanzaron por el corredor en dirección a nosotros. **Harald** se adelantó al encuentro. Lo ignoraron y siguieron de largo. Agarraron la camilla y me arrastraron hacia su base. **Harald** y su grupo de amigos volvieron a recuperarme y en ese va y viene transcurrieron diez horas. **Sentí el caño de un arma presionar mi cabeza. Oí el cerrojo.**

¡Nadie se mueva! Nos la llevamos o disparo. ¡Escojan!

Calzada el arma contra mi cabeza, no lograba moverme. Miré de reojo y, por primera vez, vi a **Harald** derrotado.

Lágrimas resbalan por su rostro. Volví los ojos hacia arriba y lo vi. Alto, fuerte, morocho, los ojos claros chispeando odio.

Dos subordinados lograron destrancar una hoja de la puerta. Por ahí la camilla no pasaba. El jefe volvió a vociferar órdenes y de afuera me agarraron por los tobillos. Tiraron fuerte. Caí de espaldas en la tierra.

Me levantaron en vilo y arrojaron dentro de un patrullero. (...) Alcé la cabeza y vi a **Harald** plantado frente al vehículo. Debía estar agotado, pero se le veía erguido como cuando Odín se alzaba ante sus héroes y poetas. Me asestaron un golpe. Caí.

¡Arranquen y pisen nomás a ese viejo *conchisumadre*! Una capucha ocultó al sol."

Pese a la resistencia del sueco, **Fernández** es llevada por los militares. **Edelstam** denuncia su secuestro. "Yo por mi lado envié desde la oficina de **Cepal** un télex cifrado, que era la única forma de comunicación que teníamos", cuenta **Belela Herrera**.

"Fue un *boom*. Todo el mundo exigió la aparición de **Fernández**, a la que los militares acabaron liberando y la pusieron en un refugio. No pararon sin embargo de amedrentarla. Durante toda una noche se escucharon tiros en torno al refugio.

A la mañana siguiente salió hacia Suecia. Edelstam había logrado salvar otra vida".

Partida y ocaso

"Un bicho raro"

El 4 de diciembre de 1973 **Harald Edelstam** es declarado *persona non grata* por la dictadura de Augusto Pinochet y es expulsado del país. Un día después volvía a pisar suelo sueco.. "**Cualquiera hubiera podido suponer que en Estocolmo sus colegas, el gobierno, lo recibirían con honores. Fue todo lo contrario**", recuerda **Julio Baraibar**.

El hombre que en **Chile** acababa de salvar centenas de vidas, siguiendo con una "tradición" personal iniciada tres décadas antes, en **Berlín** y **Noruega,** durante la Segunda Guerra Mundial, cuando con poco más de 20 años no había dudado en involucrarse directamente en el combate a los nazis a pesar de su condición de diplomático (fue en la **Oslo** ocupada que escogió el seudónimo de "**Clavel negro**" para colaborar con la resistencia noruega, un apodo que lo acompañaría toda su vida), apenas llegado a **Suecia** "comenzaría una lenta marcha hacia el olvido oficial".

"Después de **Chile**, **Edelstam** vivió cierto ostracismo, lo mandaron lejos, hasta que terminó su carrera en **Argelia** en 1979.

Sus propios colegas suecos le hicieron el vacío. **Él actuó a puro corazón, por un compromiso con la vida que consideraba un**

bien moralmente muy superior a cualquier neutralidad que le impusiera su cargo diplomático", dice **Belela Herrera**.

"Pero **Harald** siempre participó en actos de solidaridad con **Chile**, donde dejó tanto a pesar de que allí pasó apenas un año. La última vez que lo vi fue en 1978, en **España**, donde yo estaba en misión por el **ACNUR**, precisamente en un mitin contra la dictadura chilena".

Max Marambio, un chileno a quien **Edelstam** también salvó de una muerte segura**,** destaca que una vez de regreso a Estocolmo, **Edelstam** se autoimpuso la misión de convencer a las autoridades de su país de que no cabía la indiferencia o la neutralidad, y que fue en gran parte gracias a él que 1.500 chilenos pudieron arribar a **Suecia** en los meses siguientes.

"Él tenía una muy buena carrera diplomática antes de llegar a **Chile**. Incluso era mencionado como candidato a ser embajador de **Suecia** en **Estados Unidos**. Pero su carrera quedó completamente acabada y en la Cancillería fue considerado como si fuera nada", dice **Caroline Edelstam**, la nieta del diplomático.

Y **Max Marambio** confirma: "**Se había convertido en un personaje extraño, porque era muy popular entre los exiliados, pero muy impopular en su Cancillería**.

Es curioso que lo miraran como a un bicho raro, no le tenían ningún aprecio y consideraban que lo que había hecho era una actitud exótica".





La deuda con Edelstam

Un héroe que pueblo sueco debe conocer

Julio Baraibar apunta que "son los suecos los que tienen antes que nada una deuda con **Edelstam**. En **Estocolmo** sentí con dolor cómo algunos colegas de **Harald** justificaban su aislamiento.

Lo tenían por loco, decían que había asumido actitudes fuera de lugar diplomáticamente hablando. **El diplomático –repetían- tiene que ser neutro, no debe involucrarse personalmente en conflictos. Pero Harald pensaba, y más que pensar sentía, todo lo contrario**".

Baraibar dice que "tal vez su origen noble, que llevaba hasta en su apellido (*stam* en sueco significa familia y *edel* noble), contribuyó a darle ese aplomo, esa seguridad, esa autoridad con la que se imponía, y al mismo tiempo le significó una distancia con los demás.

Y no olvidemos que la **Suecia** socialdemócrata de los años 40, que estaría luego en el origen de tantos avances para la clase obrera y para la sociedad en general, fue también la que dejó pasar por su territorio rumbo a **Noruega** a las tropas nazis, precisamente en nombre de la neutralidad.

Cuando el golpe en **Chile** también era la socialdemocracia la que gobernaba **Suecia**, **a través de alguien tan solidario y tan comprometido con las cusas tercermundistas como Olof Palme**.

Estas ambivalencias hicieron que a un hombre al que deberían haberle hecho una plaza a su nombre en el centro de la capital le llamaran "loco" y lo marginaran.

Hoy el mundo lo empieza a reconocer, y Suecia traga saliva cuando sus representantes oficiales deben agradecer esos merecidos homenajes".

En su exilio sueco, **Baraibar** fue durante diez años dirigente sindical de los trabajadores del transporte. "Una vez me entrevistaron en la televisión nacional por esa rareza de ser extranjero, y especialmente latinoamericano, y dirigente sindical, y gran parte de lo que declaré fue para exaltar la figura de **Edelstam**.

'**Me gustaría que los suecos lo conocieran y lo reivindicaran'**, dije, pero fue casi como un saludo a la bandera".

Sorprendente y arriesgado para muchos...

Algo muy normal, para Harald

Juan Raúl Ferreira, actual integrante del Instituto de Derechos Humanos en Montevideo, conoció fugazmente a **Edelstam** en **Buenos Aires** en 1976, pocos días antes de que fuerzas represivas argentinas y uruguayas secuestraran y asesinaran a los ex legisladores **Zelmar Michelini** y **Héctor Gutiérrez Ruiz**, y a los militantes tupamaros **Rosario Barredo** y **William Whitelaw**.

El encuentro tuvo lugar durante un almuerzo organizado por **Gutiérrez Ruiz** en un bar del centro de **Buenos Aires**. "Yo era apenas veinteañero e iba a esos contactos en compañía de mi padre.[3]

3 **Wilson Ferreira Aldunate**, líder del Partido Nacional uruguayo fallecido en 1988.

Pasados apenas tres años del golpe en **Chile**, **Edelstam** ya era una leyenda en ciertos ambientes, pero cuando a regañadientes contaba anécdotas de lo sucedido en Santiago lo hacía con una naturalidad insólita.

Le asombraba que alguien pudiera sorprenderse de que un diplomático pudiera salvar vidas: **decía que esa debía ser la primera función de un diplomático en situaciones extremas**.

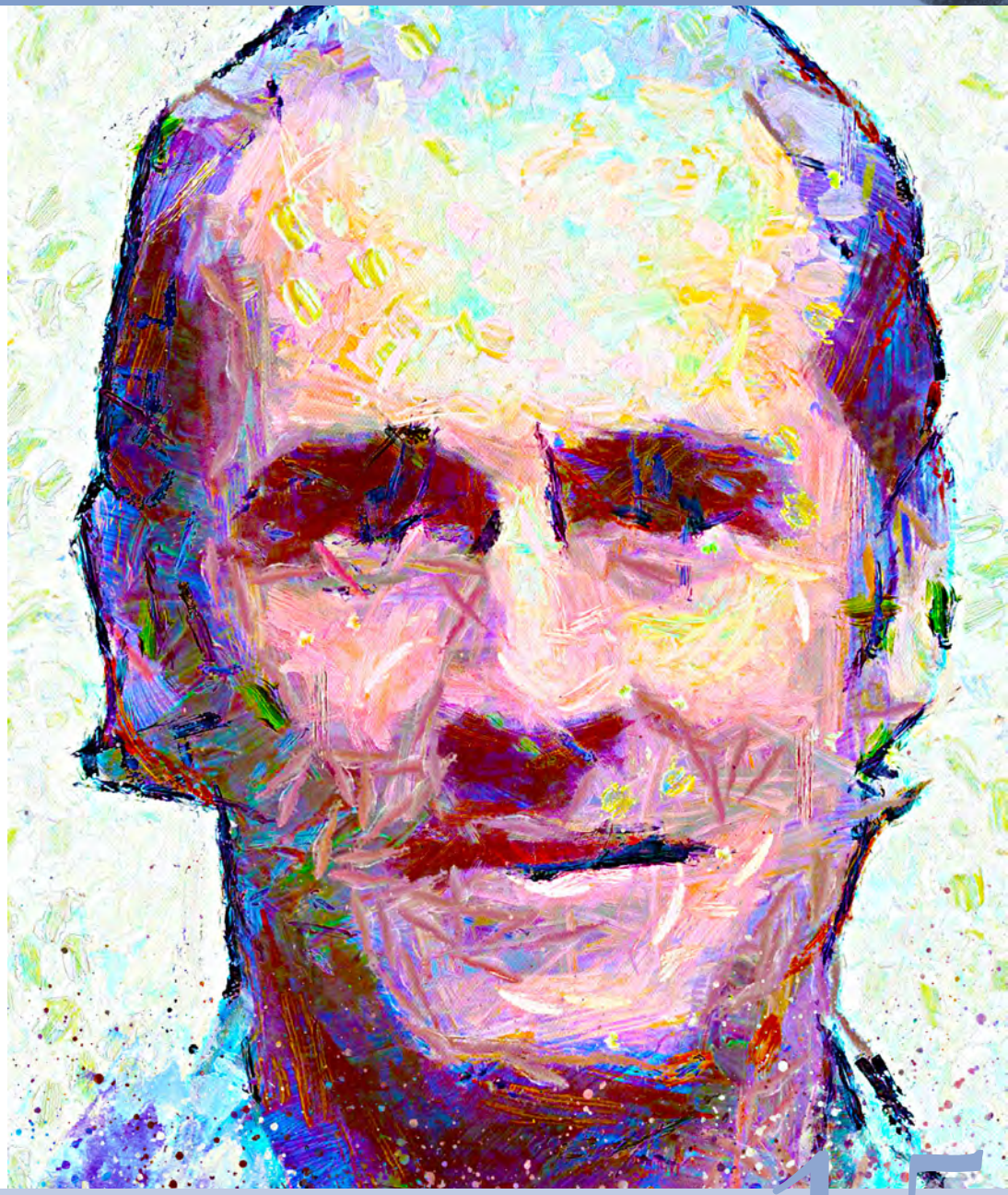
Era más o menos de la estirpe de **Belela Herrera**: cuando se los elogia, este tipo de personajes no se sienten cómodos, y hacerles hablar de casos concretos de gente que salvaron es muy difícil.

Gutiérrez Ruiz sí conocía muchas de las anécdotas relacionadas con **Edelstam**, algunas de ellas de la boca misma de los beneficiados que habían ido a parar a Buenos Aires, y por su intermedio conocí muchos más casos que los que el propio **Edelstam** contó".

De los pocos casos que **Edelstam** evocó en ese almuerzo, **Juan Raúl Ferreira** recuerda especialmente el de un muchacho al que el sueco literalmente arrancó del Estadio Nacional. "Un día cayó por la cárcel y dijo que esa persona estaba protegida por su país.

Era absolutamente inverosímil, porque se trataba de alguien que ya estaba detenido y que al caer no había invocado protección alguna ni tenía estatuto alguno de refugiado. Lo más insólito era que **Edelstam** nunca había visto a esa persona: la reconoció porque antes de ir al Estadio le había pedido a su familia que le mostraran la mayor cantidad de fotos suyas que pudieran.

Vio decenas de fotos, pero en el Estadio había multitudes. Igual lo ubicó y se lo llevó. Los milicos no sabían cómo lidiar frente a situaciones así, quedaban descolocados.





Alguien con autoridad moral les impresionaba; lo que les pedía no les sonaba como un ruego sino como una orden, a pesar de que no se cansaban de repetirle que la persona que él buscaba no estaba ahí. Su insistencia hizo que lo dejaran entrar. Siempre me pregunté por qué los milicos no escondieron a ese muchacho antes de que **Harald** llegara".

Lo que más impresionaba en la actitud de **Edelstam**, dice **Ferreira**, era "**cómo desafiaba al régimen dictatorial de turno**. Su labor humanitaria era un subproducto de cómo enfrentaba a esos regímenes. **Había en él convicciones muy arraigadas sobre la libertad y sobre la justicia social, por ejemplo. Y mucha audacia**".

Belela Herrera cuenta que en los meses que le tocó vivir en **Chile** antes del golpe de Estado, **Edelstam** se reunía habitualmente con las autoridades del gobierno de **Salvador Allende** para colaborar en lo que pudiera, y lo mismo hacía con organizaciones sociales.

Y **Mirtha Fernández** recuerda haberle oído a **Edelstam** mencionar sus permanentes contactos con comunidades indígenas en el tiempo que estuvo en **Guatemala,** a fines de los 60 y comienzos de los 70, cuando no dejó de denunciar las atrocidades cometidas por el Ejército contra los mayas acusados de colaborar con la guerrilla.

"Son tipos, los **Edelstam**, los **Guy Prim**[4], que por su sensibilidad personal toman conciencia de que su investidura les da cobertura para ir mucho más lejos que lo que la ley permite", dice **Herrera**.

Reposo de un guerrero sin armas

Harald Edelstam vivirá por siempre

Edelstam murió en abril de 1989 en **Estocolmo**. Desde 2005 una parte de la rambla de **Montevideo** lleva su nombre. En **Chile** "se le prodigan constantemente homenajes, tal vez tardíos, como todos, pero homenajes al fin", dice **Julio Baraibar**.

También el Movimiento de Justicia y Derechos Humanos (**MJDH**) y la **Rel-UITA**, le han rendido tributo en **Porto Alegre**, en reconocimiento a las decenas y decenas de brasileños que el sueco rescató en Santiago.

¿Y en **Suecia**? "Durante más de 20 años, salvo en las conversaciones familiares y en los comités de latinoamericanos, su nombre no fue mentado", escriben los periodistas **Germán Perotti** y **Jan Handquist** en su libro **Harald Edelstam** (LML Ediciones, Santiago, 2013).

Ambos dan cuenta también de la oposición de **Noruega**, "una **Noruega** que debería estarle tan agradecida como los países latinoamericanos", a una iniciativa que circuló poco después de su llegada desde **Chile**, en 1973, para otorgarle al sueco el Premio Nobel de la Paz.

"Neutralidad y compromiso no pueden ir de la mano, y en definitiva que el reconocimiento venga directamente de aquellos a quienes ayudó y de sus pueblos, acaso sea el mejor tributo que se le puede hacer a alguien como **Edelstam**", concluye **Baraibar**.

4 Diplomático francés a cargo del **ACNUR** en **Buenos Aires** durante esos años, quien se jugó en favor de decenas de perseguidos por las dictaduras argentina y brasilera.

Compañero Harald Edelstam

Su ejemplar combate por la vida, contra el miedo y la neutralidad

Autor: **Daniel Gatti**

Edición: **Gerardo Iglesias**

Idea: **Jair Krischke**

Ilustraciones: **Allan McDonald**

Montevideo, septiembre de 2014

